

Editorial

Litoral de Aysén: la promesa del desarrollo que debe bajar a tierra

El litoral de Aysén ha sido históricamente leído desde una lógica estrecha: pesca artesanal, conectividad precaria y aislamiento estructural. Pero esa mirada, que alguna vez describió una realidad, hoy se vuelve insuficiente. El borde costero de la región no es solo un espacio de subsistencia; es, cada vez más, un territorio en disputa entre el estancamiento y una promesa de diversificación productiva que aún no logra consolidarse.

La reciente iniciativa impulsada por el Gobierno Regional junto a Corfo apunta precisamente a ese punto: “mover la aguja”. No es una frase menor. Porque en Aysén, mover la aguja implica cambiar inercias profundas, superar brechas históricas y, sobre todo, demostrar que el desarrollo no puede seguir concentrándose en los mismos sectores ni en los mismos territorios.

El programa propone fortalecer capacidades, inyectar recursos y generar mejores condiciones para el emprendimiento en el litoral. En el papel, el enfoque es correcto. La región necesita ampliar su matriz productiva, abrir espacio a nuevas actividades —turismo de intereses especiales, acuicultura de pequeña escala, servicios asociados, innovación local— y dejar atrás la dependencia casi exclusiva de rubros tradicionales que hoy muestran signos de desgaste o saturación.

Pero el problema de fondo no es la falta de diagnósticos ni de programas. Es la distancia entre la promesa institucional y la vida cotidiana de las comunidades costeras.

En localidades como Melinka, Puerto Gaviota o Puerto Aguirre, hablar de emprendimiento sin resolver primero la conectividad, el acceso a servicios básicos o las brechas digitales, puede transformarse en una ilusión más que en una oportunidad real. La pregunta

incómoda es inevitable: ¿puede un programa “mover la aguja” si las condiciones estructurales siguen siendo las mismas?

Ahí está la tensión central. Porque el desarrollo del litoral no depende solo de recursos o capacitaciones. Depende de un enfoque territorial que entienda que no todos parten desde el mismo punto. Que emprender en el borde costero de Aysén no es lo mismo que hacerlo en Coyhaique o en cualquier capital regional del país. Aquí los costos son más altos, los mercados más lejanos y los riesgos más evidentes.

Por eso, el valor de esta iniciativa no estará en su diseño, sino en su ejecución. En su capacidad de adaptarse a las realidades locales, de escuchar a las comunidades y de no repetir la lógica de programas estandarizados que terminan diluyéndose sin impacto concreto.

Si este esfuerzo logra traducirse en proyectos que efectivamente generen ingresos, encadenamientos productivos y mayor autonomía para los habitantes del litoral, entonces habrá cumplido su objetivo. Pero si queda atrapado en la lógica de indicadores administrativos —número de beneficiarios, talleres realizados, fondos ejecutados— el resultado será el de siempre: expectativas infladas y cambios marginales.

En Aysén, el desarrollo no puede seguir siendo una promesa que llega desde fuera. Tiene que construirse desde el territorio, con pertinencia y con continuidad en el tiempo. Porque lo que está en juego no es solo diversificar la economía del litoral, sino algo más profundo: la posibilidad de que vivir en esas comunidades deje de ser sinónimo de desventaja.

El desafío es claro. Convertir el potencial en realidad. Y eso, en Aysén, nunca ha sido solo cuestión de recursos, sino de decisiones políticas sostenidas y de una mirada que entienda que el territorio no es un dato, sino el punto de partida.